





Gabriel Gómez Saavedra

# **SIESTA**

Ediciones Último Reino

Gómez Saavedra, Sebastián Gabriel  
Siesta / Sebastián Gabriel Gómez Saavedra ; editado por  
Víctor F.A. Redondo ; ilustrado por Viviana Rivadeo Monteros. - 1a ed  
. - San Miguel de Tucumán : Sebastián Gabriel Gómez Saavedra, 2018.  
64 p. : il. ; 18 x 12 cm.

ISBN 978-987-42-7732-9

1. Poesía Argentina. I. Redondo, Víctor F.A. , ed. II. Rivadeo  
Monteros, Viviana, ilus. III. Título.

CDD A861

*Fecha de catalogación: 13-04-2018*

*Obras de tapa e interior: "Espejismo del achilatero" [acrílico  
sobre lienzo] y "Centauro" [birome sobre papel], de Viviana*

*Rivadeo Monteros (2018)*

*Blog: <http://rivadeomonteros.blogspot.com>*

*Diseño y maquetación: Camilo Ramos Gatti*

© 2018, Gabriel Gómez Saavedra

© 2018, Ediciones Último Reino

Bernardo de Monteagudo 475

(4000) San Miguel de Tucumán, República Argentina

Correo e: <[victorfaredondo@gmail.com](mailto:victorfaredondo@gmail.com)>

Comunicación con el autor:

<[ggomezsaavedra@gmail.com](mailto:ggomezsaavedra@gmail.com)>

*Queda hecho el depósito que dispone la ley 11.723.*

*Impreso en Argentina*

*mi reino es de este mundo  
pero también del vacío brillante*

Mario Romero

*A Mariana, que creyó en estos poemas*



# Flora y fauna



De chicos (por eso de explorar el mundo a partir de la crueldad) atrapábamos saltamontes para luego arrancarles las patas traseras.

Aprendimos, así, una forma de lo terrible. No por la dolorosa agonía que imprimíamos a los insectos, sino por condenarlos a tragar el último aire desde abajo.

¿Qué bestia, en igual frecuencia, se habrá colado sigilosamente por los años para bajarnos de un golpe y dejarnos sin nada del peso leve con que encarábamos los asombros?

Aprendí de mi padre la pericia para cazar ratas. La trampa y el cebo precisos para sus sombras breves cabiendo en el reajo.

Presa inacabada; siempre hay otra y la misma rehaciéndose en el olor del silencio.

Crecí sin cuestionar esta herencia...

Los días, desde afuera desgastan las ventanas. Y entre sus dientes —que no paran de crecer— nos volvemos más lentos para afrontar las nuevas cacerías.

*Le darán como nombre la palabra prohibida*  
Néstor Soria, *Nacimiento del duende*

Aquí, en el Norte, el duende castiga. Con mano de lana o mano de hierro, golpea la insolencia de no querer dormir a la siesta, por mirarle a ésta su brasa enferma.

Yo no recuerdo cuándo abrió mi torso; si fue por hurtar el aire de la higuera o del árbol de palta, ensayando no crecer. Pero esta herida viene hasta hoy conmigo, salando la carne desde todos los flancos y condenándome a ejercer un canto de gallo nocturno hasta el último de mis días.

Una mujer sujeta una jaula recién comprada. Ambas son ocupadas por el silencio. La jaula, todavía deja pasar el aire. La mujer, no.

El rojo del semáforo cede al verde y ella regresa a la platabanda, a sentarse entre las sandías sin vender. Budita del agua dulce, el caos en el que montamos ni siquiera le mancha los costados. Callo ante la isla de sus ojos, para recibir lo único immaculado que puedo ofrecerme hoy, y quizás nunca más.

*Que llueva sobre mí: de dos tormentas haremos el eje  
y también la periferia.*

Santiago Sylvester

La lluvia va desposeyendo al mundo. Me visto con la piel que guardo desde el invierno olvidado y salgo. Afuera hay sol descabezándose por todas partes, y los pájaros son nuevos y queman. Pero el agua golpeada no ha lavado nada. La noche deberá nacer, otra vez, con el primer carro de cartoneros que llegue a masticarle la cáscara.

Con cada animal atropellado en esta ruta podría componer las postales del movimiento, y las de sus emboscadas por ir detrás de los bellos horizontes extraños. Aunque suelte esas postales sin indicar destinatario, sé que, tarde o temprano, llegarán con su olfato a arrastrarse por debajo de mi puerta.

*quiero escuchar si de lejos  
quiero escuchar si de espaldas*

*cantan frente a la piedra junto al padre*

*a la niña muerta  
y no de espaldas  
y no de rodillas*

Pablo Dumit

Desde un punto se hace oír la bocina del tren, y en otro punto revientan los perros. Aullido sobre aullido, descerebran la pulpa del espacio tatuándole algo insurrecto al día.

En un vórtice de la madrugada apagan a una mujer, y abandonan el cuerpo en un azul abandonado.

El cielo es el mismo y es impune hace mucho. Lento como el tren, hundido como el aullido de los perros.

*a Paulina Lebbos*

Llévame con vos. Que tus ojos en el centro desconocido tomen mi mano y me guíen fuera de la necesidad de adecuación.

Balanceame, sentame, dormime frente a la esquina deshabitada. Dame a conocer sus fantasmas inútiles, sus apedreadas luces, su sol que nunca llega a pesar de ser un exceso permanente.

Prometo no sermonear sobre lo malo de jalar, de ppear, de intentar masticar lo oscuro para atornillarse en la piedra.

Llévame en silencio hasta el infierno manso. Para lavarme de andar, reloj al cuello, tras el absurdo edificante.

No el desacomodo con el que caen los animales del presagio; no las impalpables obras hídricas del estado; no las fotografías enfermas por la sombra del lodo; no los libros muriéndose bajo el aire con sus hojas pegadas: lo verdaderamente insoportable para el inundado es esa agua fantasma invadiéndole las paredes del seso con golpes sucios; trayendo inacabadamente los animales impalpables, las obras hídricas enfermas, las fotografías muriéndose bajo el aire, el desacomodo de los libros del presagio.

El temblor de un gorrión salta sin esfuerzo de un lado  
a otro de la reja.

Hay palomas alimentándose del contenedor de la uni-  
dad penitenciaria.

Hoy, el aire pasó para lastimar el muro.

*a los y las poetas de las unidades n° 1, 2, 3, 4 y 5*

Les conté que, de niño, vi comenzar a la lluvia. Mientras narraba sobre las primeras gotas en los pastos y en la arena con el cielo aún abierto, se impregnaron de horror; tapándose bocas y oídos, y agarrándose el peso de las cabezas con sus manos verdosas. Dijeron que mentía, que “la lluvia no empezaba”, que “estuvo siempre”. Y me sentenciaron al exilio en una remota aridez, donde no hay otra cosa para hacer más que llevar la cuenta de cada grieta que abre el sol sobre la tierra.

Polizones en el ritmo del humo, leña adentro nos quemamos con el fuego. Mientras, un agua mínima baja hasta Amaicha (agua que podría ser la de su aliento, donde desplazo sin turbulencias mi peso muerto).

El cerro, pronto verá a sus piedras iluminarse. Nosotros —que, desde que inauguramos la huella, sólo somos una despedida—, estamos cantando canciones que tienen el cuero engrosado por los siglos.

*a Juan P. Piscitelli*

No intervenir en el estiramiento del bambú; ni en las  
luces nuevas de los lapachos; ni en la lluvia desper-  
tando las chapas. Hay ritmos que rodean sin perte-  
necernos.

*a Pablo Santi*

Un pájaro (o algo así) chilla cuando paso frente al galpón nocturno. El sonido es de cuchillo, pero el animal se niega y no logro divisarlo.

Pájaro (o algo así) ha sonado nuevamente, pero muy cerca de mí; pero en lo absoluto del día. Engorda y engorda su metal hasta aturdirme. Engorda, y presiento que no ha de cesar hasta que no me vea destrozar cada una de las máscaras de mis ocultamientos.

Los ahorcados pagan un duro precio por fijarle el equilibrio a la finitud: deshidratarse los ojos con un cielo a medias y no ser capaces de elegir, para el nudo corredizo, un árbol que dé flores.

Tendido cara abierta hacia la sombra del ficus, el borracho descalza el tiempo y lo duerme en él. Recuerdos y olvidos se tocan y copulan, anulándose en la boca que es ya de las moscas. La camiseta de Atlético, el amanecer que debilitó la garganta y el porrón volcado en su última ternura, insustituibles, lo completan. Mi dinámica inútil y yo pasamos a su lado, y lo rozamos para estallar como una baba leve.

Para los demás, no somos. O somos cuando necesitan que les lavemos el auto. Porque a pesar de oler como los huérfanos del vapor, sabemos dónde desenterrar el brillo.

Ayercito nomás pasó Dios y le limpiamos la cara. Era tierna y tumultuosa a la vez, pero fría. No dejó propina. Prometió volver después de hacer las compras de Navidad; cuando lo rojo del sol le permita abrir los ojos y soportar a la gente.

Y el fumigador movió sus alas para dirigir el coro de nuestras calaveras, que cantaban la canción que nos enseñaron los pájaros mudos.

La nube de agrotóxicos brillaba espléndida frente al sol. Los duros centauros pesaban nuestros tumores bajo la sombra de los árboles de *nylon*.

Como delirios o arrebatos, los celestinos trajeron sus picotazos al jardín. Impotentes, observamos cómo se pudría la única naranja donde el día concentraba la última luz.

Tuvimos que aprender a leer las cicatrices de la cara, para desandar lo que restaba del mapa del frío.

*a Leopoldo Castilla*

Colada, descendía la luz en la placita. Una mujer le  
daba la teta a su hijo.

El otoño no poblaba con sus criaturas irreales.

Un hombre desconoció su corazón y se voló los sesos. Una mujer bebió el veneno que se utilizaba para fumigar el tabaco, corriéndose de la sombra. Otra, se colgó del árbol familiar. Yo convoqué nombres borrados desde una casa que se cae.

Todos contribuimos para que este pueblo se espese en los ojos que ven arrastrarse el principio de la tarde.

El ventanal del bar da a una plaza, donde fue clavada a pica la célebre cabeza de un olvidado. Moscas para las guerras intestinas del siglo diecinueve; moscas para la cabeza que ya no está. Palomas plagando ahora, como moscas.

Él ni siquiera acostumbra a fumar, como para moverse del aire y perdonar el cielo que miró torcido tanto tiempo.

Una mujer está temblando desde las rojas estatuas del parque, buscando el poema incompleto que alguna vez encerraron en la piedra. Él ya no es capaz de escucharla.

Si usted da con un pajarito (uno de los cualquiera) con muerte reciente, evite pisar su cuerpo porque lo oirá silbar.

El muy sórdido, oculta un último pulmón para humillarnos, con cicatriz y todo, mientras ensayamos, inútilmente, desagotar el invierno que se nos vino encima.

La limosna es liviana, y esta hora siempre es ajena.  
El chico sin pierna desliza su sombra entre los autos.  
Cuenta monedas; *surfer* con una mandíbula persi-  
guiéndole la nuca frágil. Cuenta billetes; *surfer* respi-  
rando bajo la ola del cielo.  
Cuando en silencio toca la muleta (como a un ala re-  
cuperada), siente trepar por ella al sucio equilibrio de  
la ciudad.

*a Candelaria Rojas Paz*

Un bramido de espinas suena desde los coyuyos. Su núcleo de breve vida encela y da salida a un coro de antiguos cantores de purgatorio; para patear la noción lineal del tiempo y quemar los árboles, interminablemente.

Días turbados por incendiarios almanaques gravitaron hacia tu agujijón. Mi fresca oscuridad ansió contener tu resina violenta. Pero tardío te ofrecés, alacrán, a esta altura de mis precipicios, donde ya no queda espacio para recibir un nuevo veneno.

¿Por qué hace lo que hace, corredor?  
¿Por estar en el viento como un cirujano?, ¿por la salud fluorescente?, ¿por clarear los árboles del parque?  
Es inútil, no corra. El viento estuvo en su sombra siempre, con la zanahoria delante de sus ojos y el sueño desangrado de los fugitivos. Y los árboles son oscuros para la luz artificial del amor por vender.  
No corra. No subvierta. A estas horas las cosas deben quietarse. Sobre todo la sed; que es terrible, cargue la cara de Dios o del agua.

¿Qué naturaleza les corresponderá a los achilateros?  
¿la de espectros o fósiles en tránsito?

Para ofrecernos sus helados, entran al calor omnipresente sabiendo que nosotros, a falta de porcentaje de agua *per cápita* o de sombra que no sea ensayo de ceniza, sólo podemos entregarles en pago nuestros más preciosos espejismos. Para que sean arriados desde sus bicicletas y motos por las rojas calles que no nos atrevemos a pisar.

No hay memoria en el escobero de cuándo le creció la fuerza del brazo que tira de su carro; de cuándo el delirio le poseyó la "a" larga de su pregón. No hay memoria para él, ni para ninguno de los seres que tienen la cabeza en el fuego por saber que la siesta es una piel infinita y solitaria.

# **SENSACIÓN TÉRMICA**



Abrí en el jardín el pozo para mi perro sacrificado. También tuve que echar en él al ciruelo estéril que sólo hacía sombra en los amaneceres. Mamá no quiso mirar.

“Los solos siempre quedamos inmóviles en el borde”, pensé cursi, mientras decidía si incluía o no en el pozo a los muertos agudos que profanan a mi abuela cuando sueña.

En la hora del verano donde la frecuencia del ómnibus se hace incierta, alcé la palabra que boqueó, como un pez con el agua lejos, una mujer de la fila.

Alucinado la cuidé, le di sombra de beber... pero fue inútil: las hormigas ya le habían comido los ojos y el fuego.

Entre el niño y lo perdido del niño se mostró el amor.  
Lo recuerdo como una ola golpeando las rocas de la  
esollera en la caja del silencio.  
Hoy sé que estuvo para que pueda tener una música  
en el tiempo y una lámpara bajo el agua.

La pared es blanca y fría (aunque el sol pareciera no acabarse nunca).

Mis manos despiertan el hambre por atravesarla; por escuchar lo que suena en su adentro como única guía para andar el universo. Pero nada le da temblor.

Un pájaro cruza el cielo sin dejar sombra. Mi sombra sí está; apagada en la pared, indiferente a mí.

Sentado frente a la pared, decido quedarme quieto; así como me enseñaron a comportarme de chico, en caso de que me extraviara en una multitud o si se olvidaban de buscarme a la salida de la escuela.

Quieto al lado de la pared, para estar lejos de ella borrando la sordera y el dolor que crece en mis manos por rebalsar tanta tinta inútil.

El pájaro regresa blanco. El cielo es su sombra.

No pedí esta carne leve, ni estos huesos inútiles como las iluminaciones a la luna. Ni el seso, ni el espíritu, indolentes a la gula del sol.

Esta sombra ligada a los pies podría caber, en cualquier momento, en el molde de otro.

Ni siquiera comprendo por qué me retuerzo hacia el futuro, si los ojos son la fruta hueca del tiempo.

Lo único que sé, es que cuando este que se dice mi corazón es puesto en vos, no le queda más remedio que vibrar como una fluorescencia contra la noche de los depredadores.

*a Mariana*

*Quien no llena su mundo de fantasmas, se queda solo.*

Antonio Porchia

Está la primera muerte. Esa que es muerte de otro, pero que nos encierra incompletándonos inauguralmente. Arranca el pedazo inicial adentro de la vida y así, de muerte a muerte, llegamos a la propia calzados en la nada.

Supe reconocerla, no sólo porque se embanderó en mi amigo, sino porque marzo, a partir de ella, siguió cíclico como siempre pero oliendo a sombra inmarcesible. Y porque ya no encuentro bandadas en bicicletas que se suelten a cruzar el río Gastona.

*en memoria del "Seba" Nacul*

Baja el aura de los gruesos tambores y come mi cráneo sin pausa. El hueso eleva una cordillera donde, de un lado, soy el derrumbado y, del otro, también. Me raspo con las paredes y las tiro, pero vuelven a crecer como hongos en púa.

(Quiten por favor el ruido de la luz; duele todo lo que toca.)

Donde estuve, ya no soy. Queda allí el espacio calcinado.

*a Camilo Ramos Gatti*

*Escuchad, allá lejos, bajo los rayos de la luna,  
al mono acurrucado y solo  
llorar sobre las tumbas.  
Y ahora llenad mi copa: es el momento  
de vaciarla de un trago.<sup>1</sup>*

Li Po

Nada cae en este comedor, ni siguiera la erosión de los relojes.

El que comparte conmigo la mesa olió, hace tiempo, el sabor a presa extraviada que lleva su horizonte.

Nada cae cuando el alcohol dispone el íntimo diluvio.

Nada en este pulso negro, donde nadie viene a relevarme como testigo de la sobremesa.

---

<sup>1</sup> Versión de Marcela de Juan

*Temerosas del rayo, las mujeres  
cubrían el espejo de la sala*

Juan José Hernández

Por cada tormenta que bajaba, mi abuela tapaba con sábanas los espejos; evitando la reproducción del rayo dentro de la casa. Esa ceremonia fue mojando mis ojos y lengua con una noche inesperada. Fundando este oficio ciego, en el que toda palabra es un pozo de aire donde una polilla se incendia, siempre, con la misma llama.

Hay en mí sólo un plantarme junto a nubes desmembradas. Nada ha rozado este camino, ni siquiera un ajeno milagro para erigirme en certezas.

Frente a la luz que come y tiembla, pienso en resucitar el barro. Barro desde donde mi papá extirpaba las carnadas para las pescas; barro oliendo a sol guardado, sosteniendo la casa de los abuelos; barro con el que mi mamá llora las distancias. Un barro para palparme la fe, aunque más no sea en la forma de un pobre y sísmico sueño.

“Siempre escribís sobre cosas que andan muriéndose”, me reclamó, e inmediatamente se rompió el pecho soltando una luz rabiosa. Yo agradecí la ausencia de espejos en la casa, pero no pude evitar que el vacío comenzara a respirar.

La tormenta desapareció el árbol y el destierro bajó a nosotros con su aliento ancho.

Lejos de las banderas de la infancia, lejos, en esta residencia del desierto, refriego los ojos con las cenizas del trueno, y el niño que fui se presenta con una mascota y un juguete muertos en cada mano.

*a la infancia en el barrio Zavalía*

*nos encontramos  
donde el pensamiento termina  
ningún  
espejo nos  
refleja*

Rose Ausländer<sup>2</sup>

Vino la lluvia. Obscena, como tantas veces.  
Quizás el agua tome las casas, sin embargo, no ha tocado nada del relámpago asentado en tu corazón...  
La mirada se te está infinita; como sumergida en tu monte natal, donde solíamos explorar los senderos que abrían las cabras. Monte en el que ahora me muevo solo y en círculos, intentando liberar los frutos y animales cuyos nombres eras la única que sabía pronunciar.

---

2 Versión de Celia Caturelli

Mientras limpiábamos el departamento al que nos mudaríamos, ideábamos la ocupación de sus paredes primitivas: aquí colgaremos la dimensión de las manos, en ésa el reloj sin cabeza, allá la sombra lavada hace años, en aquélla las lunas que están bajando a su nacimiento...

Afuera, la lluvia calzaba en todo el barrio. Pusimos los ojos en ella para que acabe.

*a Manuel*

Un cascabel tenía en la sangre. Pulseaba piedras contra mi ventana pero yo no sabía escucharlo.

A su tiempo, llegaron la niña que quise con su sal en secreto, el árbol dominando la siesta y el misterio en el que me hundía a gusto.

Con la niña ya no nos recordamos, el árbol es un muerto sin cuerpo y el misterio se borró sin llevarme.

Un día, el cascabel sonó tan innegable que la niña, el árbol y el misterio se sentaron a mi mesa. Entonces, escribí.

*a Mario Melnik*

Miré el cielo y seguía extraño e impiadoso.  
El olvido es un animal que come su placenta cuando  
regresa desde cada una de mis llamadas.

Rayo arrodillando al trueno, tu cicatriz. En ella, el ciego destetado por la guía del temblor descansa su raíz. Y los coyuyos del sopor inmenso no ensordecen, cuando la camino y la vuelvo tumba de mi viento extraviado.

La luz y su ausencia se reparten la escena casi igualmente. Vertical, la doble armonía ha trepado al fotografiado. Si prestan atención, verán que bajo sus ojos desgrana el sudor de los ángeles que lograron atravesar lo imperceptible de los días.

El fotografiado es mi abuelo, a quien los domingos le acercamos velas al cementerio para que nos alumbré los huesos.

¿Alguien recuerda el momento en el que me fui? De seguro, anduvo algún perro ofreciéndome su olfato desconfiado, antes de estirarse frente a la nada o tembló el sonido de las botellas estorbando la acequia. En el refugio de ómnibus el calor no debe haber estado para ser respirado y los cerros mostrarían sus dimensiones, del azul al verde, para permanecer irreales. El o la que sostenga aún el recuerdo de mi desprendimiento, por favor, venga a mi lado y cuéntemelo lo más hondo posible. Para ver si así dejo de ser una sombra estática bajo los recorridos del sol.

*a Dardo Solórzano*

*Arder y delirar debería la vejez al declinar el día<sup>3</sup>*

Dylan Thomas

Nosotros, andando los amargos desaparejos del P.A.M.I.  
en la clínica; en la enfermera lisa e indolente; en la  
cama demorada.

Ella, revolviendo suave el aire, toca nueva uno a uno  
sus muertos. Le sonríen, le dan los pies del suelo ido,  
le conocen el nombre por delante de lo gastado.

El hilo la tira lejos.

Yo, ubicando sus olores de yerba buena y de burro,  
me doy un camino para alcanzarla.

---

3 Versión de Inés Aráoz

Suelo pararme frente a la luz de los rayos, para que su ejecución talle sin fisuras mi silueta: una imagen que, de tan verdadera, no sabré reconocer.

El día nace como un mineral absoluto. Por más que estire mi esfuerzo, no logro tocar ni la mínima respiración de un árbol.

El viento está, pero caído.

Hoy vendrán a conversar mis muertos.

**Agradecimientos:**

A mi familia, a Víctor Redondo, a Candelaria Rojas Paz,  
a Camilo Ramos Gatti, a Viviana Rivadeo Monteros, a  
Javier Foguet y a Santiago Sylvester

